

Neoliberalismo y afectos: un análisis de las subjetividades odiantes

Neoliberalism and Affects: an Analysis of Hateful Subjectivities

Clarisa Leonard*

Fecha de Recepción: 31/03/2021

Fecha de Aceptación: 18/06/2021

Resumen: *El artículo propone analizar el carácter político del afecto de odio en la contemporaneidad neoliberal. Desde la perspectiva spinozista-marxista de Frédéric Lordon. Se plantea como hipótesis que el odio es parte del régimen de afectos y deseos neoliberal y que su actual circulación y expresión se ligan a la producción de subjetividades empresarial-competitivas que, afectadas por una combinación fluctuante de alegrías y tristezas, devienen subjetividades odiantes. En primer lugar, se reconstruye el contexto macropolítico y global donde se inscribe la pregunta por el odio, signado por una tendencia de derechización y por el crecimiento de fuerzas político-partidarias conservadoras, reaccionarias y racistas. En segunda instancia, se enfoca a nivel micropolítico los medios por donde circula y se manifiesta el odio en la actualidad, atendiendo a los llamados discursos de odio y a diversas escenas de violencia social. A continuación, se avanza en una analítica causal del odio y de su efecto en las subjetividades odiantes para dar cuenta, finalmente, de la funcionalidad política que el afecto de odio reviste en la racionalidad neoliberal contemporánea.*

Palabras

clave:

Neoliberalismo – subjetividades – afectos – odio

Abstract:

The article proposes to analyze the political character of hate in contemporary neoliberalism. From the spinozist-marxist Frédéric

* Licenciada en Ciencia Política por la Universidad Nacional de Rosario (UNR). Doctoranda en Ciencia Política (UNR). Correo electrónico: leonardclarisa@gmail.com.

Lordon's perspective, it is hypothesized that hate is part of the neoliberal regime of affects and desires, and that its current circulation and expression are linked to the production of enterprise-competitive subjectivities that, affected by a fluctuating combination of joys and sorrows, have become hating subjectivities. In the first place, we review the macropolitical and global context where is enrolled the question of hate, due to it is signed by a right-wing trend and by the growth of conservative, reactionary and racist political-party forces. In the second instance, in a micropolitical level, we focus on the ways and channels through hate circulates and is manifested at present, attending to the so-called 'hate speech' and to various scenes of social violence. Then, we advance in an analysis of the causes of hate and their effects in hating subjectivities; to stare, finally, at the political functionality that hate endeavor for contemporary neoliberal rationality.

Keywords: Neoliberalism – Subjectivities – Affects – Love

Este artículo se propone analizar la dimensión afectiva de los vínculos entre política y vida, explorando el carácter político que el odio despliega en el presente marcado a nivel global por la pandemia, pero cuyas causas, expresiones y efectuaciones deben buscarse más allá y más atrás de la excepcionalidad crítica introducida por la propagación mundial del Covid-19. En ambos sentidos, incluir la pregunta por el odio en el estudio de la contemporaneidad neoliberal supone una apuesta analítica urgente para el contexto macropolítico global.

En principio, a partir de las definiciones spinozistas de los afectos, el odio se comprenderá aquí como “una tristeza acompañada por la idea de una causa exterior” (Spinoza, 1675/ 2012, p. 166). El odio es una pasión elemental y habitual en la dinámica de las relaciones sociales y, en tanto tristeza, implica una disminución de la potencia de obrar de los cuerpos. Sobre las definiciones del odio y su imbricación/distinción con otros afectos tristes (ira, venganza, repulsión, crueldad, indignación, irrisión, etc.) en las obras de Spinoza se recomienda la lectura propuesta por Tatián (2015). Ahora bien, en la contemporaneidad neoliberal esta pasión parece asumir una intensidad y una

productividad política singular, que permiten destacarlo de otros afectos tristes como el miedo o la ira, así como de la mera violencia o coacción. Retomando la perspectiva del sociólogo y economista francés Frédéric Lordon, incluimos el odio en el “régimen de afectos y deseos” que acompaña a la racionalidad neoliberal en su rol estratégico de producción de subjetividades políticas.

En una combinación de antropología spinozista y teoría marxista, Lordon propone un análisis pasional del capitalismo a partir del concepto regímenes de deseo y afecto: una estructura dual que está detrás o envuelve a cada régimen de acumulación y “expresa localmente, incluso en los cuerpos-espíritus individuales, las estructuras globales” (Lordon, 2018, p. 286). El capitalismo, afirma el autor, va mutando y enriqueciendo su paisaje pasional, de manera que el primer régimen histórico de afectación-movilización de los asalariados –configurado por afectos tristes como el miedo a la miseria y el deseo más básico de reproducción material–, fue relevado por el fordismo que incorporó afectos de alegría extrínsecos a través del consumo de masas y la satisfacción del deseo de acceder a objetos mercantiles. La innovación del neoliberalismo radica en “el proyecto de hacer entrar la movilización salarial en un *régimen de afectos alegres intrínsecos*: producir la alegría intransitiva del compromiso en el trabajo” (Lordon, 2018, p. 286) para obtener “alegres-automóviles”, es decir, “asalariados que se activan por sí mismos al servicio de la organización capitalista” (Lordon, 2015, p. 71). Ahora bien, el régimen afectivo neoliberal y su proyecto de alinear integralmente los deseos singulares en el deseo-amo capitalista, funciona en simultáneo con afectos tristes. Lordon diagnostica la etapa actual del capitalismo financiero –voraz, desregulado e ilimitado en su capacidad de explotación– como el germen de una nueva forma política tiránica, destacando al temor como el afecto configurador de un trasfondo permanente de tristeza (Lordon, 2015, p. 44).

En este sentido, afirmamos que el neoliberalismo adopta en la contemporaneidad ciertos rasgos que lo distinguen de su formato clásico (asociado a una imagen democrática, a las libertades individuales y al Estado de derecho) (Dardot y Laval, 2019). El siglo XXI asiste a una nueva fase neoliberal, donde la imposición de

la lógica del capital en todas las dimensiones de la existencia, la empresarialización-competitiva de las subjetividades y el gobierno a través de las crisis –caracteres comunes desde los años 70– se radicalizan. Por un lado, a partir de la profundización de las transformaciones capitalistas (financiarización, inmaterialización del trabajo y de la producción) y de las diversas formas de desposesión de las poblaciones (Sacchi y Saidel, 2018). Y, específicamente, a través de lo que Dardot y Laval describen como una forma política original, compleja y plurívoca, que combina abiertamente militarización, violencia, antidemocratismo y nacionalismo económico (Dardot y Laval, 2019).

En los últimos tiempos, y especialmente desde la crisis de 2008, asistimos al avance y gradual legitimación de proyectos, fuerzas partidarias y experiencias de gobierno que expresan, en distintos grados y formas, conservadurismo, autoritarismo y empresarialismo neoliberal. Sobre la expansión de experiencias de este tipo en Latinoamérica, Estados Unidos y, fundamentalmente, sobre el crecimiento de agrupaciones de derecha en Europa, véase Saidel (2020). Según las particularidades histórico-políticas y socioculturales de cada caso, esta tendencia entronca y se alimenta de viejos enclaves, así como de novedosas modalidades de xenofobia, racismo, clasismo, misoginia y homofobia. Aglutinados bajo el concepto de “nueva derecha”, estos procesos han abierto una serie de discusiones teóricas en torno al carácter “punitivo”, “antidemocrático”, “fascista”, “neo” o “postfascista” del neoliberalismo (Saidel, 2020); así como diversas interpretaciones respecto a si se trata de una mera etapa o de la contracara constitutiva –y no *soft*– del proyecto de someter la sociedad y la existencia misma a la dinámica empresarial-competitiva (Sacchi y Saidel, 2018, pp.107-123; Sacchi, 2020).

Asimismo, estos debates se sitúan y adquieren una tonalidad más compleja en países latinoamericanos donde, tras un ciclo de hegemonía progresista –y de proclamas “pos-neoliberales” (Sader, 2008, pp. 5-43)–, se abrieron procesos de radical cambio político e ideológico. Vía elecciones más o menos democráticas (Argentina, 2015; Ecuador, 2017; Brasil, 2019; Uruguay, 2020), *impeachment* (Brasil, 2015; Paraguay,

2012) o bajo formas renovadas de golpismo (Bolivia, 2019), en los últimos años la región se sumó a la tendencia global de derechización. Con ello, se han ido habilitando y legitimando ciertas prácticas, discursos, narrativas, manifestaciones públicas y colectivas que, desde la perspectiva que aquí proponemos, caben ser problematizadas en términos de lo que definimos como afecciones y afecto de odio, substrato afectivo central de la producción y conducción de subjetividades en el neoliberalismo contemporáneo.

Indudablemente, el contexto pandémico actual, con la multiplicidad de problemáticas sociales que supone (generando nuevas, desvelando y exacerbando las preexistentes) y la profundización de la crisis económica global (que ya alcanzaba niveles dramáticos), no parece más que agravar y acelerar la tendencia que aquí describimos. Luego de iniciales apelaciones y gestos de cooperación, compromiso y solidaridad –intersectoriales, intra e internacionales–, y exceptuando la postura negligente y criminal de líderes como Bolsonaro, en general los gobiernos de la región se han visto limitados, incapacitados o desbordados en la contención de la brutal crisis sanitaria y social. Por su parte, las grandes elites que concentran el poder económico y financiero ejercen toda su presión y desbaratan cualquier mínimo intento redistributivo o apenas paliativo.

La pandemia y las medidas de aislamiento, aunque adecuadas y necesarias, acentúan las desigualdades (de clase, de género, raciales, etarias, etc.), incrementan la tensión social (y psíquica) y configuran un momento de por sí excepcional, caldeado, y propenso a la exacerbación de la violencia, así como a la explotación política de las tristezas predominantes: del miedo, evidentemente, pero también del odio. Más aún cuando confluyen el encierro, la distancia física y afectiva con los otros y los nuevos temores y peligros de los que son portadores los cuerpos; modificando y restringiendo –en aspectos que aún desconocemos y que la virtualidad no llega ni llegará a reemplazar– las posibilidades de encuentros, de apropiación de las calles y de espacios donde prefigurar la lucha política que es, sin dudas, cuerpo a cuerpo. Ello, al menos, para los sectores de izquierda y progresistas –pro-cuidados–, ya que muy distinto se

abre el panorama para las derechas y sus movilizaciones libertarias anti-cuarentena y anti-vacunas. En contrapartida, consignas negacionistas, conspiranoicas y profundamente individualistas congregan adeptos y revisten una novedosa proactividad política (por su intensidad, por los medios de los que se valen y por las performances que despliegan), a la vez que promueven una radical cerrazón de las potencialidades político-democráticas apuntaladas por la idea de igualdad y de inclusión de las diferencias.

Sin embargo, consideramos que una exploración sobre el odio requiere remontar –en el tiempo y en las causas– un análisis que no lo reduzca a la excepcionalidad que se está aún transitando, específicamente la relación entre pandemia, derechización, odios y fobias (Aleman, 2020). En línea con nuestra hipótesis, las tonalidades afectivas de estos procesos de derechización están intrínsecamente relacionados con el proyecto y concreción de una sociedad neoliberal y un modo de existencia alineados en la forma empresa.

En este sentido, aunque las formas contemporáneas del odio reproduzcan rasgos similares a los odios fascistas y racistas de mitad del siglo pasado, se inscriben en sociedades diferentes a la sociedad de masas donde aquellos se cultivaron, y se dan o trabajaban al nivel de la figura del *neo homo oeconomicus* empresarial-competitivo (Foucault, 2007). En otras palabras, la actual circulación y expresión social y política del odio está ligada a la producción de subjetividades de la norma-deseo empresarial, afectadas de una combinación fluctuante de alegrías y tristezas por la cual devienen *subjetividades odiantes*.

Desde esta lectura, es preciso no subestimar sino indagar qué subyace a la aparental demencia o enajenación de figuras, proyectos y manifestaciones público-políticas como las que están emergiendo, y enfocar a niveles micropolíticos, más discretos o locales (Lordon, 2018, p. 282), los procesos de producción/afectación de subjetividades movilizadas/afectadas a través del odio.

Efectuaciones del odio

Enfocar el odio a niveles micropolíticos requiere explorar la dimensión fenomenológica contemporánea de este afecto, antes de avanzar en el próximo apartado a una analítica causal o estructural. Es decir, si por un lado identificamos un contexto global donde inscribir una correlación entre odio y procesos macropolíticos; por otro, es preciso indagar tanto en sus modos concretos de efectuación y aparición, como en los medios, canales o dispositivos por donde circula.

El odio se vocifera, se narra y se escribe; pero también se despliega en el plano de lo corpóreo, lo físico, lo táctil. En ambos sentidos se expresa un mismo afecto, se implican por igual la materialidad del cuerpo y sus sentidos; y, del odio-verbalizado al odio-practicado se tienden y sostienen evidentes líneas de continuidad. Por supuesto, mientras que los llamados discursos o narrativas de odio crecen al calor de las nuevas tecnologías de comunicación y de la escasa legislación al respecto, los crímenes de odio constituyen desde hace tiempo una figura penalizada, y las distancias entre ambos – éticas y políticas – no son menores. Sin embargo, así como asistimos a un estallido del odio narrado –vía medios de comunicación, internet, redes sociales–, así también se suceden los casos de violencia social de toda índole, motivados –mas no así juzgados– por causales que, en última instancia, caben ser enmarcados por el odio.

En este sentido, el odio también se practica en escenas de linchamientos, de violencia y ajusticiamientos vecinales que se suceden y reproducen sobre cuerpos que encarnan dichos significantes del odio: turbas urbanas enfurecidas asesinan a golpes a pibes por robar alguna cartera (o no, simplemente por ‘portación de rostro’); un empresario atropella a un menor hambriento por cazar en sus tierras; personas en situación de calle son prendidas fuego por automovilistas que lo graban y difunden por redes sociales; ciudadanos absuelven para luego candidatear a concejal a un carnicero que persigue, embiste y asesina a palos a un ladrón (mientras algunos curiosos lo filman y alientan sin intervenir); vecines se organizan para asumir funciones de control y castigo cuando las fuerzas públicas son ‘blandas’, o salen en defensa y apoyo de los ‘gatilladores ligeros’; o vecines que se enfrentan y participan del desalojo de familias

asentadas en un parque o terreno.

Por otro lado, el odio se milita, se congrega y se marcha; explícitamente o bajo eufemismos libertarios, republicanos, transparentistas, securitistas, propietarios. El odio se hace pancarta, cánticos y reclamos: de mano dura y baja de edad de imputabilidad, recorte de planes sociales y eliminación de políticas de tinte redistributivo, encarcelamiento de líderes populares, desalojo de familias en situación de calle o de pueblos originarios, cese del ASPO y de restricciones a la circulación, defensa de la libertad de empresa, y un extenso y variable etcétera de demandas equivalenciadas por el afecto que las enciende.

En lo que respecta al plano discursivo del odio, varios autores y analistas coinciden en resaltar cierta relación co-constitutiva entre este afecto y los nuevos dispositivos tecnológicos comunicacionales. Barrionuevo y Torrano analizan la interrelación en el neoliberalismo entre el gobierno de las subjetividades a través de afectos y lo que denominan, siguiendo la conceptualización de Deleuze y Guattari, “megamáquinas de la información” o “cibernéticas” (Barrionuevo y Torrano, 2018). Los autores sostienen que las redes sociales (Facebook, Twitter, etc.) son el vehículo capilarizado de emociones como el miedo y el odio, “a la vez que la forma que tiene el poder de conocerlas y el medio para conducir las” (Barrionuevo y Torrano, 2018, p. 47). En tal sentido, refieren al rol de las redes y también de los medios en las estrategias de modulación afectiva y control social de gobiernos como el de Cambiemos (2015-2019) en Argentina, cuyo ejercicio del trolling es uno de los más agresivos de Latinoamérica (según un informe de Amnistía Internacional de 2018):

(...) mediante la coordinación de figuras públicas con alta influencia, retweets masivos, cuentas automatizadas, y usuarios que manejan varias cuentas a la vez se desprestigian y agreden voces disidentes (...). El contenido de los mensajes suele ser violento, intimidatorio, deslegitimador pero sobre todo justificador de las agresiones sufridas por personas o grupos (asesinatos, desapariciones, encarcelamientos, despidos). (Barrionuevo y Torrano, 2018, p. 44).

Ahora bien, los discursos de odio no solo son parte de estrategias algorítmicas o de las llamadas “fake/hate news” (Ipar, 2020), programadas y desplegadas por gobiernos o partidos aliados con monopolios mediáticos, grupos de capital concentrado y compañías de informática. Lazzarato sostiene que el triunfo electoral de Trump en 2016 desmiente o relativiza el mega poder afectivo que pueden desplegar las “máquinas técnicas” de Silicon Valley. Aunque Trump y sus votantes existen gracias a estos dispositivos y a la situación de devastación social y psíquica que crearon estas empresas, no era el candidato del establishment; y, sin embargo, las “máquinas técnicas” no pudieron impedir que llegara al poder (Lazzarato, 2020).

Los autores de un sistematizado estudio de miles de tweets sostienen que “el discurso de odio aparece muy fuertemente en usuarios reales más que en usuarios trolls y bots” (Carrasco y Wegelin, 2020); ya que, si bien estos últimos juegan un rol central creando tendencia, “funcionan como activadores de una conversación que ya se sabe ahí, la discriminatoria, la del odio explícito” (Carrasco y Wegelin, 2020). En este sentido, G. Giorgi y A. Kiffer analizan el entrecruzamiento entre escrituras electrónicas y expresiones corporales de odio (gestuales, hápticas, faciales), indagando cómo –en esos nuevos territorios que conjugan la virtualidad con la calle– “se anudan nuevas formas de expresividad (...) otros agenciamientos de lo colectivo (...) *lugares de enunciación heterogéneos*, irreductibles a los discursos dominantes” (Giorgi y Kiffer, 2020, pp. 13-14), es decir, irreductibles a una estrategia unidireccional ‘de arriba hacia abajo’. Un ejemplo de ello es relevado por Giorgi a través de tres instalaciones artísticas: *Los Diarios del Odio*, de Jacoby y Krochmalny (2014 y 2016); las brasileñas tituladas *Odiolândia* de Beiguelman (2017) y *Menos um* de Stigger (2014). Estas instalaciones reúnen expresiones de odio anticipatorias de la ola conservadora y reaccionaria que terminaría entronando a Macri y Bolsonaro en el gobierno. ¿En qué consisten estos discursos de odio, qué sentidos y formas contienen? He aquí un extracto de las instalaciones analizadas por Giorgi:

- “Ese negro, ¿cómo compró esa moto? (...) A estos solo les cabe un idioma:

plomo, plomo y más plomo” (Giorgi, 2020, p. 19)

- “Negra puta con qué guita garpaste los viajes? Seguro que con la de mis impuestos (...)” (Giorgi, 2020, p. 43)

- “Querido negro de mierda: (...) te deseo un verano caluroso, ni un peso para el vino y una bala en la cabeza” (Giorgi, 2020, p. 46)

- “Limpia toda esa bosta que nadie aguanta el olor de esos drogones (...) Mata esa porquería. Es para eso que pagamos impuestos. Asco de este Brasil. Asco!” (Giorgi, 2020, p. 19)

- “Basta de esa bobería de la reserva indígena. Pongan esa pandilla de vagos a trabajar” (Giorgi, 2020, p. 28).

Como analizaremos en el apartado siguiente, en estos discursos –así como en las demás efectuaciones del odio mencionadas– se destaca un sentido empresarial del odio, es decir, un odio a lo no empresarializado. En este sentido, el citado estudio de Carrasco y Wegelin remarca que los insultos de odio y agresividad explícita más utilizados son “negros”, “chorros”, “planeros”, “vagos”, “choriplaneros” (Carrasco y Wegelin, 2020).

Ahora bien, desde la perspectiva de Giorgi, el odio –compartido, viralizado, posteado vía redes y comentarios online– no se puede separar de una reconfiguración tecnológica de las formas públicas de escribir y enunciar; una transformación, paradójicamente, democratizante por fuera de la cual no se podría explicar ni la circulación ni la existencia del odio. Sin embargo, el odio es también el emergente afectivo de un “temblor más general y profundo” (Giorgi, 2020, p. 26) que el autor remite a las “guerras de subjetividad” (Giorgi, 2020, p. 49): raciales, de género, sexuales, de clase, religiosas, etc. Estas guerras operan por divisiones internas, biopolíticas (Foucault, 2000), de la población; y son inseparables, asimismo, de la gubernamentalidad empresarial:

(...) donde conviven, de modos equivalentes, la “pastoral” neoliberal –que quiere conducir suavemente las subjetividades hacia la funcionalidad del

mercado, hacia la forma-empresa como matriz del deseo y de la acción y hacia el consumo y la deuda como hitos de la felicidad– y el odio como línea de intensificación afectiva que moviliza subjetividades y sueña con exterminios inmunitarios (...). (Giorgi, 2020, p. 42).

El odio sueña exterminios y moviliza subjetividades bélica y violentamente. En las múltiples y diversas formas, escenas o apariciones, el odio –“performático” (Ahmed, 2015) y “transitivo” (Tatián, 2015)– va extendiendo en un sentido reaccionario los márgenes de lo decible (Giorgi, 2020, p.45) y lo actuable política, social e intersubjetivamente. Como sostiene el *Colectivo Juguetes Perdidos*, “ese constatar *que se puede* deviene social, mayoritario y no encuentra fronteras –discursivas, retóricas, políticas– que lo resistan (...)” (Colectivo Juguetes Perdidos, 2017, p.53). ¿Pero cuáles son las condiciones de posibilidad y de intensificación del odio? Coincidimos en la relevancia e incidencia que tienen los dispositivos mediáticos y digitales en la propagación e incluso provocación del odio. Reconocemos, desde ya, los factores políticos, ideológicos y culturales intervinientes en estas efectuaciones del odio. Pero nos interesa retomar, ahora sí, una inquietud más estructural; una exploración atenta a una matriz ontológica afectiva (Farrán, 2020) que nos permita avizorar posibles causas que subyacen a este odio que se enuncia y se ejecuta en la contemporaneidad neoliberal.

Analítica del odio y de las subjetividades odiantes en el neoliberalismo

Como vimos al principio, en términos spinozistas el odio consiste en “una tristeza acompañada por la idea de una causa exterior” (Spinoza, 1675/ 2012, p. 166). Se trata de una pasión muy habitual, que se produce fácilmente en las relaciones interpersonales, y que también puede ser provocada por cosas o personas que no nos afectan directamente pero que imaginamos como su causa. Asimismo, el odio se caracteriza por una extensa y genérica “transitividad” (Tatián, 2015, p. 101), es decir, por su capacidad de integrar en su radio o círculo afectivo a todos aquellos que juzgamos

semejantes al que nos ha entristecido, o así lo imaginamos (Abdo Férrez, 2020). En un sentido similar (aunque desde la perspectiva aristotélica), Ahmed sostiene que el odio puede ser provocado por motivos particulares, pero tiende a alinear lo particular con lo general, evocando –a partir de ciertos rasgos identificados en el individuo odiado– a un grupo al que éste representaría (Ahmed, 2015, p.87).

Se desprende de ello una dimensión colectiva y política del odio, capaz de tender lazos –contradictorios– de sociabilidad (Tatián, 2015, p.89), por un lado; y, a la vez, de proyectar y derramarse sobre grupos que devienen odiables y a los que, por tanto, se buscará apartar o destruir. En tal sentido, al igual que el temor y la esperanza, el odio es un afecto político central, históricamente incitado, modulado y utilizado con fines de dominio, antagonismo y ordenamiento social.

Pero, entonces, ¿en qué consiste el carácter, la particularidad y relevancia del odio del régimen afectivo neoliberal? ¿Cuáles son sus ideas-causas contemporáneas? ¿Cómo devienen odiantes ciertas subjetividades?

En las obras revisadas, Lordon no incluye ni aborda explícitamente estos interrogantes. No obstante, nos permite rastrear y explorar algunos elementos en pos de una analítica del odio en el neoliberalismo a partir del enfrentamiento y la fluctuación de alegrías y tristezas que contribuyen a configurar subjetividades neoliberales odiantes. Entre estas subjetividades, cuyos deseos están alineados en la norma empresarial-competitiva, distinguimos analíticamente (al menos) dos modalidades emergentes, según la afección predominante que sea su causa.

Una primera forma del odio neoliberal aparece como reverso del amor por la empresa y de las alegrías y disfrutes que este modo de existencia proporciona en ciertos casos exitosos o efectivamente realizados. En esta línea, como explica Tatián, la mecánica del afecto de odio no puede aprehenderse prescindiendo del amor y sus variaciones: “En E., IV, 34, Spinoza registra un motivo paradójico en virtud del cual los hombres se afectan entre sí de odio: el amor, una cierta manera del amor” (Tatián, 2015, p.102) Si bien las especificaciones de casos en que esto puede darse podrían implicar cierto estiramiento, la observación vale para respaldar la oscilación afectiva que

estamos describiendo. Así también, el análisis de Ahmed sobre la conformación y funcionamiento de las identidades y de los antagonismos, resulta esclarecedor sobre la relación de implicación entre el amor y el odio (Ahmed, 2015). Así, si el amor puede producir odio cuando se aman objetos incompatibles, el alineamiento alegre-amoroso en la norma/deseo empresarial bien puede estar acompañado de un odio contra todo lo que –se imagina– se le resiste, se desajusta o *desa-filia*. De tal forma, subjetividades producidas en y por la lógica del rendimiento, la hiper-competitividad y el individualismo a ultranza, a la vez que auto-percibidas y convencidas de “su autodeterminación” y “autosuficiencia” (Lordon, 2015, pp.303-342), pueden devenir subjetividades odiantes. Combativas, soberbias y amantes de sí, de su propio mérito, odian, se resienten y se asumen dañadas por quienes no solo no se activan ni responsabilizan, sino que, antes que valerse por sus medios o esforzarse, demandan.

Una segunda modalidad del odio en el neoliberalismo se prefigura con el desfase entre la producción de deseos (integralmente alineados con los designios de la norma empresarial) y el reparto desigual de las posibilidades reales de concretarlos. Este reparto o asignación desigual (que responde a una “división social del deseo” (Lordon, 2018, pp.296-300), extensiva a todos los regímenes) resulta profundamente acentuado en el capitalismo neoliberal donde unos pocos concentran las ocasiones de disfrute. Por el contrario, amplios y extensivos sectores poblacionales –desempleados, trabajadores precarizados, emprendedores desilusionados, asalariados hiper-explotados, etc. – ven crecientemente obturado su acceso a las alegrías mediadas por la movilización salarial. En este sentido, el trabajo –como medio de acceso a las alegrías extrínsecas del consumo o en tanto fuente de alegrías intrínsecas a la actividad (Lordon, 2018, pp.284-288)– concentra tristezas y padecimientos, genera frustraciones y humillaciones.

A diferencia de las alegrías, que producen amor por el *ethos* empresarial, las tristezas resultantes de la empresarialización de la existencia no conducen a la indignación ni a un odio anti-empresa sino que, como sostiene Abdo Férrez, son mayormente introyectadas (Abdo Ferez, 2020, p.54) en una subjetividad obediente.

Para Spinoza en *Ética* la indignación es una variación del afecto de odio y es definida como “el odio hacia alguien que ha hecho mal a otro” (Spinoza, 1675/2012, p.168). Mientras que en el *Tratado Político* (Spinoza, 1677/1986) aparece como *el* afecto político, que conduce a los sujetos a rebelarse contra una ofensa de la que pueden no ser objeto directamente pero que genera una reacción afectiva colectiva, un “odio solidario” (Tatián, 2015, p.95) o un tipo de odio “capaz de generar un trastocamiento institucional progresista” (Abdo Férrez, 2020, p.54). De tal forma –siguiendo a Lordon–, este desfasaje activa en las subjetividades un imaginario de “impotencia” y una “autolimitación del deseo” resignada y naturalizada por el “menosprecio de sí”, es decir, por el afecto que el autor remite a la *abyección* de Spinoza (Lordon, 2018, p. 299), un tipo de odio “de sí”. La *abyección* es definida en *Ética* como un tipo de afecto que consiste en “estimarse, por tristeza, en menos de lo justo”. En tanto afecto contrario a la *soberbia* –que es un efecto del amor a sí mismo–, la *abyección* consistiría en un efecto de odio hacia sí mismo (Spinoza, 1675/2012).

Ante la constante exposición, mental y corporal, a una circulación excesiva de imágenes, discursos y dispositivos que afectan en todos los niveles de lo sensible-sensorial y difunden/imponen la oportunidad/mandato de autorrealización y auto-responsabilización, la empresa de sí desnuda tanto su engaño como su carga violenta y opresiva. El odio de sí deviene la contracara de la alegría cuando no es posible cumplir con la norma neoliberal que se ha hecho carne, deseo y sentido personal.

Desvalorización, fracaso, vergüenza, dan paso a la depresión generalizada, el estrés, y toda una serie de patologías psicosociales, descritas por Dardot y Laval como “las clínicas del neosujeto” (Dardot y Laval, 2013, pp. 366-381). Pero la patologización de las subjetividades bien puede oscilar, o directamente transmutar hacia un odio a exteriorizar, a expulsar de sí la tristeza –en el esfuerzo conativo por alejarse de lo que disminuye su potencia– y adjudicarla a individuos o grupos ideados/imaginados como causantes del malestar. Claro que esta proyección (Abdo Férrez, 2020, p.54) no conjura la tristeza (solo un afecto contrario y más fuerte sería capaz), pero sí podría decirse que la sublima y devuelve a esas subjetividades cierta sensación de potencia, de

autodominio y seguridad que actualiza para sí el compromiso deseante con la norma empresarial. Ahmed aporta la idea de que “el odio estructura la vida emocional del narcisismo”, refiriendo con ello a que en el mismo movimiento por el que se odia a unx otrx, está implicado un amor a unx mismx; reforzado además por la identificación amorosa con un “nosotrxs” alineadx contra “otrxs” odiadx (Ahmed, 2015, p.91). Más aún si, como sostiene A. Recio Sastre interpretando a Lordon, “los individuos (...) estimulan su alegría con la desdicha ajena” (Recio Sastre, 2019).

Por diferencia, en el primer caso –‘si yo pude tal cosa, el otro debería poder’–; por semejanza, en el segundo –‘si yo no puedo tal cosa, el otro tampoco debe poder’, les odiadores pretenden distanciarse de unes otros considerades inferiores. Estas distinciones, repetimos, no responden más que a fines analíticos, porque en los hechos los tipos de subjetividades odiantes se confunden y mixturan.

Asimismo, bien podría discriminarse una tercera forma de abordar el odio: *un odio de subjetividades temerosas*, causado por las condiciones “tiránicas” del capitalismo neoliberal (Lordon, 2015, pp.64-66). Indudablemente, la forma empresarial de vida es riesgosa, precaria e incierta, y el miedo es un afecto central y consustancial a ella. Sin embargo, derivar de allí el odio, como si un afecto desembocara o se transformara obligadamente en el otro, puede resultar una explicación frecuente pero, a nuestro entender, no tan directa ni evidente. Desde este tipo de análisis, los temores provocados por las condiciones neoliberales, producen subjetividades inseguras que van a canalizar sus miedos punitivamente, demandando control, represión o ‘mano dura’ contra ciertos sectores ‘amenazantes’, que devienen así –a posteriori– blanco de su odio. De tal forma, el odio pareciera quedar relegado a un ‘efecto colateral’ del miedo o temor, no necesariamente intrínseco al régimen neoliberal ni incitado con una funcionalidad específica, mera reacción defensiva de subjetividades dañadas, temerosas e inseguras. En este sentido, creemos necesario atender no sólo al odio como expresión defensiva, sino ligarlo a la proactividad violenta, ensañada y odiante que caracteriza las subjetividades neoliberales. Desde ya, no es que miedo y odio estén desligados; en absoluto, ambos se componen para gobernar las conductas en el neoliberalismo. Sobre

la imbricación entre miedo y odio en el gobierno de las conductas en el neoliberalismo, puede consultarse el trabajo de Barrionuevo y Torrano (2018). Es preciso no perder de vista la especificidad del odio, la peligrosa intensidad, transitividad y capacidad de aglutinar y movilizar que lo diferencian de la parálisis o pasividad que infligiría el miedo. En este sentido, podría suponerse que, en el contexto pandémico, ante una enfermedad desconocida y extremadamente contagiosa, el temor debiera predominar, legitimar medidas como el ASPO y desincentivar –incluso por razones puramente individualistas– todo tipo de congregaciones. Sin embargo, tal y como viene quedando demostrado por diversas marchas y expresiones “anticuarentena”, el miedo no parece ser allí el afecto protagónico; y, aunque pueda operar un mecanismo negacionista (Feierstein, 2020), lo que antes se deja entrever son subjetividades odiantes, cínicas y violentas (Farrán, 2020). Y, sobre todo, como sostienen De Gainza e Ipar, debe atenderse a que el odio, la ira, la exaltación, “esa violencia que aparece al final del proceso, en realidad ya estaba allí desde el comienzo” (de Gainza e Ipar, 2016). El miedo, la amenaza percibida, no son más que fantasías que inventan a una otre como omnipotente y victimario para así justificar una violencia y un odio que son anteriores y distintos. A la inversa, el odio debiera ser problematizado como causa u origen de miedos instalados y de las (mal) llamadas fobias (homofobia, aporofobia, xenofobia) a las que podemos comprender como modalidades del odio escondidas bajo un eufemismo. Las subjetividades neoliberales, “alegres-exitosas” o “tristes-fracasadas” –pero igual de competitivas, beligerantes y agresivas–, antes que odiar por temor, desean, temen/esperan, aman y odian con relación a la norma empresarial.

Ante el interrogante de quiénes son depositarios de este odio, es decir a quiénes se coloca o constituye como la causa imaginada o fantaseada de este afecto en el neoliberalismo, rápidamente –y como vimos más arriba– aparece como respuesta les asistidos, planeres, desempleados, pobres, ladrones, inmigrantes. Es decir, figuras-significantes no-empresarializadas que conforman un magma odiado complejo. Se trata de contra-figuras, incompatibles y desafiantes de la norma empresarial, que deben ser re-ordenadas y re-adaptadas a la división social de los deseos (Abdo Férrez, 2020, p.

54), en una operación que contempla y habilita –y no como mera excepcionalidad– su agravio o eliminación. Como antes mencionamos, estas figuraciones se encaraman sobre una matriz de poder colonial-de género-heterosexual (Lugones, 2008), donde el odio neoliberal se pliega y se complementa con racismo, misoginia, homo-odio y xeno-odio. Aunque trascienden a la analítica odiante empresarial, estas otras modalidades o racionalidades sin dudas juegan su parte en aquella operación de sublimación de impotencias y menosprecio de sí que describíamos. Segato ha analizado casos de femicidios, violencia contra las mujeres y disidencias sexuales, insistiendo sobre la sobredeterminación causal del género y la orientación sexual (el patriarcado), y conectando a su vez dicho análisis con la frustración provocada –en un mundo signado por el fenómeno que denomina “de dueñidad”– por la imposibilidad de cumplir con los mandatos de masculinidad, que pretenden ser reafirmados en esos actos de violencia machista (Segato, 2016).

Una retórica de trabajo y sacrificio se conjuga en el neosujeto (Dardot y Laval, 2013, p.331) del rendimiento y la superación voluntariosa, que detesta a quienes no pueden/quieren valerse por sí mismos. En sociedades de empresas, las subjetividades odiantes rebalsan todo margen clasista o identitario; y, en general, como resultado de las prácticas de colinealización de deseos a la norma neoliberal, el odio atraviesa y configura las relaciones entre semejantes, entre explotades e incluso entre quienes encarnan aquellas contra-figuras. De manera que el odio al pobre, al planere, al que no trabaja, puede también ser un odio *entre* pobres, asistides y desocupades. Estos sectores sociales no se hallan fuera de la norma empresarial, de las exigencias de esfuerzo y el mérito individual. Por consiguiente, encontrarán a su vez a otros a quienes odiar, de quienes separarse, marcar distancia y diferencia (pobres pero no vages; asistides pero no planeres; desocupades pero no chorres ni adictes). La mecánica afectiva-normativa del odio podría asemejarse a la descrita por Fanon para el caso del racismo. En *Piel negra, máscaras blancas* argumenta que el odio interracial se sustenta tanto en el odio blanco como en el odio negro al negro, producto de la aceptación del dominado de los valores y símbolos del dominador. Un “odio de sí” por introyección del odio blanco,

que se proyecta y desata entre negros (Fanon, 2009).

Para penetrar en esta analítica contemporánea del odio es preciso resaltar un último eje, central a las sociedades neoliberales y relegado por Lordon al momento fordista: el consumo. Para este autor, la introducción del consumo mercantil como fuente de alegrías constituyó un enriquecimiento pasional fundamental del capitalismo; sin embargo, a diferencia de las alegrías específicamente neoliberales, inmediatizadas e intrínsecas, el consumo consiste aún en alegrías externalizadas, mediadas por objetos separados y extrínsecos a la actividad.

Desde nuestra perspectiva, sin embargo, las alegrías y tristezas neoliberales no solo están ligadas con las (im)posibilidades de acceder a bienes y productos (de toda índole); sino que el consumo supone una dimensión clave de la producción neoliberal de subjetividades, que se auto-perciben, identifican y auto-realizan por (y en) el acto ‘libre’ de consumir, elegir, poseer. En otros términos, en sociedades de consumos multiplicados y extremadamente diversificados, los afectos implicados en el consumo son intrínsecos a la producción de subjetividades empresariales. Dardot y Laval refieren a la tensión del capitalismo señalada por Bell hacia mitad del siglo XX entre los valores ascéticos del trabajo y el hedonismo implicado en el consumo; tensión que resolvería el dispositivo rendimiento/goce, exaltando el principio del ‘exceso’ y ‘la superación de uno mismo’. A lo largo de su investigación puede reconstruirse la centralidad que los teóricos neoliberales otorgan al consumo en el proyecto empresarial-competitivo (Dardot y Laval, 2013).

Por tanto, el consumo es una dimensión para considerar en el régimen de afectos del neoliberalismo e interactúa de diversas formas con el odio. En un caso, refuerza la soberbia exitista e individualista; y, en otro, puede estabilizar o contrarrestar la frustración o menosprecio de sí (Rolnik, 2015). El consumo también carga un fuerte contenido igualador. Y, en este último sentido, vertebrada aquella operación odiante, dispuesta a re-ordenar y des-igualar a quienes ‘demandan ilimitadamente’, ‘consumen sin trabajar’ y ‘a costa de nuestros impuestos’ (Rancière, 2012).

En condiciones macroeconómicas recesivas, cuando el deseo-empresa de sí no

logra concretarse y, a la vez, las posibilidades de consumir se ven restringidas por la escasez, el mecanismo de proyección odiante se activa fácilmente. Por un lado, como sostienen De Gainza e Ipar, se desata un efecto de “comparativismo universal” alimentado, sin dudas, por pasiones ligadas al odio, como son la ambición o la envidia: “A través de la mirada suspicaz que los sujetos pertenecientes a todos los estratos sociales dirigen hacia sus conciudadanos, pero, sobre todo, hacia quienes se encuentran más próximos en la escala social, se produce ese (...) cálculo paranoico de consumos relativos” (de Gainza e Ipar, 2016, pp. 256-257). Y, desde allí, puede transitarse fluidamente hacia imputaciones cargadas de odio, externalizando culpas y responsabilidades, y desatando explosiones de “ira contenida” (Recio Sastre, 2019, pp.149-166).

Consideraciones finales: los efectos políticos del odio

Luego de recorrer las formas y efectuaciones del odio en el actual contexto, y habiendo analizado la mecánica afectiva-deseante que subyace a la producción de subjetividades odiantes, finalmente es preciso interrogarse por los efectos y alcances políticos del odio neoliberal. Asimismo –aunque exceda los límites de este trabajo y no pretenda aquí más que quedar abierta–, cabría replantearnos la pregunta introductoria por la dimensión afectiva de los vínculos entre vida y política. En otros términos, debemos preguntarnos tanto por las formas de vida gestadas y proyectadas por el odio, como por las posibilidades políticas y vitales de disputarlas y subvertirlas, atentas al potencial ambivalente de los afectos.

Por el momento, y en lo que respecta a sus efectos políticos, concluimos que el odio asume una funcionalidad estratégica en la contemporaneidad. No solo es un producto intrínseco de las lógicas del funcionamiento neoliberal; sino que, atendiendo al movimiento afirmativo implicado en la inmanencia de la norma neoliberal, el odio exhibe un rol re-productivo. Por un lado, el odio gestiona intra e inter-subjetivamente – intra-clase, intra-dominadas e intra-explotadas–, los malestares, frustraciones,

violencias y temores que son constitutivos del capitalismo neoliberal, pero que emergen con gran intensidad y crudeza en las críticas condiciones actuales. A través del odio que circula y se ejerce sobre determinadas figuras-significantes de lo no-empresarializado, se sostiene el orden social de alegrías desiguales y restringidas, al que dichos cuerpos deben adaptarse y resignarse (conformarse) como si se tratara de una clasificación natural.

Por otro lado, su rol no se reduce a una función estabilizadora u ordenadora. En un mismo movimiento, mediante el menosprecio de sí y el amor a la norma, el odio extrema la norma empresarial-competitiva y empuja a las subjetividades odiantes a niveles cada vez mayores de rendimiento, goce y padecimientos. En línea con el delirio ilimitado del capitalismo neoliberal (Lordon, 2015, p.58), la norma produce odio y es re-producida en el odio: es vuelta a producir ilimitada pero no circularmente, sino en un sentido mutable y expansivo en el cual el odio re-crea y profundiza el carácter coactivo, violento y beligerante de la norma neoliberal. En efecto, si el odio va deviniendo norma y no excepción como afirma Giorgi (2020, p.38), cabría señalar la progresión de deseos determinados por odio y subjetividades movilizadas por deseos de exterminio de la otredad que no se alinea empresarialmente. En este sentido, la pretensión de eliminar todo lo que no se le somete, encuentra en el odio la tonalidad afectiva predominante de la guerra y la violencia que son intrínsecas al capitalismo neoliberal y que se gestionan también capilar e intersubjetivamente.

Asimismo, en un plano macropolítico, el afecto de odio expresa toda su contradictoria productividad en los consentimientos, legitimidades y lazos que va articulando. Mientras que el odio de indignación está bloqueado (Abdo Férrez, 2020, p.55), los odios empresariales, competitivos e individualistas se colectivizan y van gestando nuevas y contradictorias –pero potentes– formas de sociabilidad y politicidad, proyectándose en su capacidad de acción, canalización y representación políticas. Subjetividades odiantes, nuevas y viejas derechas, confluyen y se retroalimentan para entronar –por vías (más o menos) democráticas– a fuerzas políticas pro-mercado, que dispongan la estatalidad al servicio de los capitales concentrados, que impulsen ajustes

y recortes de derechos sociales, flexibilización laboral, privatizaciones, expropiación de recursos naturales y comunes; y que profundicen así las desigualdades y precariedades sociales. En este sentido también, el odio es un afecto central y estratégico para la contemporaneidad crítica del régimen de acumulación neoliberal, pues logra reunir los consensos necesarios para propulsar e intensificar descaradamente medidas económicas y sociales que incrementan la explotación, expropiación y pauperización de las poblaciones; a la vez que aumentan y concentran la riqueza en elites cada vez más acotadas, voraces en sus objetivos y violentas en sus métodos.

Referencias bibliográficas

- Abdo Férrez, Cecilia. (2020) Gramáticas del odio en el capitalismo contemporáneo. Una lectura desde Spinoza. *Praxis Filosófica*, (50). Recuperado de: <https://praxisfilosofica.univalle.edu.co/index.php/praxis/article/view/8837/12052>
- Agamben, Giorgio. (2020) en AAVV *Sopa de Wuhan. Pensamiento contemporáneo en tiempos de pandemias*. ASPO.
- Ahmed, Sara. (2015) *La política cultural de las emociones*. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Alarcón, C. (2020). *El futuro después del Covid-19*. Argentina Unida.
- Alemán, Jorge. (2020) *Pandemónium. Notas sobre el desastre*. NED.
- Barrionuevo, L. y Torrano, A. (2018) Las subjetividades del control: servidumbre maquina, precariedad y gestión del miedo. *Barda*, 6 (4), 36-50. Recuperado de: https://ri.conicet.gov.ar/bitstream/handle/11336/91655/CONICET_Digital_Nro.88d0e1c8-0b9c-409e-8643-f6d47e8049ac_A.pdf?sequence=2&isAllowed=y
- Carrasco, P. y Wegelin, L. (2020) Odio en las calles, odio en las redes. *El Cohete a la Luna*. Recuperado de: <https://www.elcohetelaluna.com/odio-en-la-calle-odio-en-las-redes/>

- Colectivo Juguetes Perdidos (2017). *La gorra coronada. Diario del macrismo*. Buenos Aires: Tinta Limón.
- Dardot, Pierre y Laval, Christian (2013). *La nueva razón del mundo. Ensayo sobre la sociedad neoliberal*. (Alfonso Díez, Trad.). Gedisa.
- Dardot, Pierre y Laval, Christian (2019). Anatomía del nuevo neoliberalismo. *Viento Sur*, 164. Recuperado de: <https://vientosur.info/anatomia-del-nuevo-neoliberalismo/>
- de Gainza, M. e Ipar, E. (2016) El laberinto de los afectos en el neoliberalismo. *Teoría y Crítica de la Psicología*, (8). Recuperado de: <http://teocripsi.com/ojs/index.php/TCP/article/view/166>
- Fanon, Frantz (2009) *Piel negra, máscaras blancas*. Akal.
- Farrán, Roque. (2020) Escritura en pandemia. *Lobo Suelto*. Recuperado de: <http://lobosuelto.com/escritura-en-pandemia-roque-farran/>
- Feierstein, Daniel. (2020). Entre el negacionismo y la naturalización. *Nodal*. Recuperado de: <https://www.nodal.am/2020/10/entre-el-negacionismo-y-la-naturalizacion-por-daniel-feierstein-especial-para-nodal/>
- Foucault, Michel. (2000) *Defender la sociedad: Curso en el Collège de France (1975-1976)*. (Horacio Pons, Trad.). Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, Michel. (2007) *Nacimiento de la biopolítica: Curso en el Collège de France (1978-1979)*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Giorgi, Gabriel (2020) “Arqueología del odio. Escrituras públicas y guerras de subjetividad”. En Giorgi, G. y Kiffer, A. (Ed.) *Las vueltas del odio. Gestos, escrituras, políticas*. Eterna Cadencia.
- Giorgi, G. y Kiffer, A. (Ed.) (2020) *Las vueltas del odio. Gestos, escrituras, políticas*. Buenos Aires: Eterna Cadencia.
- Ipar, Ezequiel. (2020) Hate news. *Anfibia*. Recuperado de: <http://revistaanfibia.com/ensayo/hate-news/>
- Lazzarato, Maurizio. (2020) *El capital odia a todo el mundo. Fascismo o revolución*. Eterna Cadencia.

- Lordon, Frédéric (2015) *Capitalismo, deseo y servidumbre*. Tinta Limón.
- Lordon, Frédéric (2018) *La sociedad de los afectos. Por un estructuralismo de las pasiones*. Adriana Hidalgo.
- Lugones, María. (2008) Colonialidad y género. *Tabula Rasa*, (9). Recuperado de: <https://www.revistatabularasa.org/numero-9/05lugones.pdf>
- Rancière, Jacques. (2012) *El odio a la democracia*. Amorrortu.
- Recio Sastre, Alejandro. (2019) Analítica de la euforia y la ira. El gobierno de las pasiones en el capitalismo contemporáneo. *Revista de Filosofía*, (76), pp. 149-166. Recuperado de: <https://scielo.conicyt.cl/pdf/rfilosof/v76/0718-4360-rfilosof-76-00149.pdf>
- Rolnik, Suely. (2015) La nueva estrategia de poder del capitalismo mundial. *Lobo Suelto*. Recuperado de: http://anarquiacoronada.blogspot.com.ar/2016/03/la-nueva-estrategia-de-poder-del_7.html
- Sacchi, Emiliano. (2016) Neoliberalismo y subjetividad. Notas para pensar la gubernamentalidad de nuestro tiempo. *Identidades*, 6 (10). Recuperado de: <https://iidentidadess.files.wordpress.com/2015/07/02-identidades-10-6-2016-sacchi.pdf>,
- Sacchi, Emiliano (2020) “Violencia neoliberal: entre la gubernamentalidad y la colonialidad de la acumulación originaria” (pp. 189-209). En Campana, Melisa (Ed.) (2020) *Debates sobre precariedad y resistencias en el capitalismo neoliberal*. PEGUES.
- Sacchi, E. y Saidel, M. (2018) “Notas sobre gubernamentalidad neoliberal y violencia” (pp. 107-123). En Lisandro Barrionuevo (Comp.) (2018) *Sujetos sitiados. Biopolítica, monstruosidad y neoliberalismo*. CONICET.
- Sader, Emir (2008) “América Latina entre el posneoliberalismo y el futuro” (pp. 5-43). En *Refundar el Estado. Posneoliberalismo en América Latina*. CLACSO-CTA.
- Saidel, Matías. (2020) ¿Se puede hablar de un momento fascista del neoliberalismo? Crisis de la democracia liberal y guerra contra las poblaciones precarizadas como síntomas de época. *Revista Argentina de Ciencia Política*, 24 (1).

Recuperado de:

<https://publicaciones.sociales.uba.ar/index.php/revistaargentinacienciapolitica/article/view/5495>

Segato, Rita (2016) *La guerra contra las mujeres*. Traficante de Sueños.

Spinoza, Baruch. (2012) *Ética. Demostrada según el orden geométrico* Agebe. (Trabajo publicado originalmente en 1675).

Spinoza, Baruch (1986). *Tratado político*. Alianza. (Trabajo publicado originalmente en 1677].

Tatián, Diego (2015) *La cautela del salvaje. Pasiones y política en Spinoza*. Colihue.